

Conversión Magistral

Fue cambiando la vida.
Los árboles crecieron demasiado.
Distinta la luna se volvió: anciana, vagamente gris, desanimada.
Está cambiando la vida.
Los árboles siguen creciendo, tocan el cielo sus ramas.
La insoportable luna de angustia,
de primaveras muertas y resplandor anciano,
puebla de canas el cielo
y las montañas llena de lluvia.
Espejos no encuentro en ésta tierra.
La geografía de mi cuerpo desconozco, ignoro.
Ignoro si he cambiado yo también y soy de viento,
de aquella substancia blanda y blanca de las nubes.
Fue cambiando la vida.
Los ojos dejaron de elevarse.
Las alas dejaron de crecer en las sienes de los hombres.
El vuelo se detuvo en la arrogancia, en aquello incierto que se busca.
Dónde estoy? Ya no me encuentro.
Camino entre árboles gigantes que no cesan de crecer,
la santidad del cielo sus ramas perforaron.
La vida fue cambiando y yo también.
Más lejana la tierra sin espejos.
Más absurdo el verano y más cercano el otoño.
Más intenso el recuerdo e inaudito el olvido.
Fue cambiando la vida y yo también.

SABRINA ROMÁN

Dibujo Mi Imaginación

Cuenco de abejas vivas
Gota de alcohol ardiendo
Pozo oscuro de azul

Huesos blandos del cielo
Redonda la visión. Ojos acústicos

Un rayo el yo, un canto el tú
R e l a m p a g u e a m o s

Canta el agua. Fluye la piedra
Sol y sangre lloviznan en el verbo
Enamorados acordes con ser líquidos

Tu retina bordea por el norte
Mi retina curvada abraza al sur
De retina a retina danza el mundo

Tú mi piedra costilla. Yo tu manzana piedra
La dádiva de un día: un lago verde
Agua. Silencio
Un solo cuerpo navega por la aurora

ÁNGELA HERNÁNDEZ

Dentro del Bosque

Ayer perdí las huellas que me ofrecía la soledad, mi encuentro con los árboles del bosque y las numerosas hojas que mi rostro, bañado de luz, transportaba en el viento lunar.

Un ángel que lloraba desnudo, en las primeras horas de la mañana, me hablaba de lo imposible que era el equilibrio perfecto. El ángel no quería palpar a la existencia; se le humedecían las manos agrupadas sobre el laberinto que el barro moldeaba; él estaba sordo a las voces. Los murmullos perturbaban su mirada. Se sentía sin la señal de la aprobación divina para arrojar de golpe a las huestes celestiales sus vestiduras doradas.

Su cuerpo no era de arcilla; su edad se sumergía en el misterio. No tenía legiones a su mando ni órdenes que ejecutar. Su nobleza estaba a la deriva. Se asombraba de sí mismo y de su serenidad perdida. No tenía vida vivida, ni orgullo ni vanidad, solo un pincel para recrear su reencuentro con la levedad del paisaje, su paso estéril con penas sobre la imaginaria exaltación de lo eterno.

Yo no podía huir de él, de su semblante de pasión exhausta, porque sentía que el frío lo agotaba en la espera; entonces pensé que el ángel padecía de una enfermedad; la enfermedad del desencanto, aquella que llega cuando la verdad la echan a un lado, y, los espasmos de la locura convierten en cristales todas las edades del vacío.

Yo no pude quedarme aguardando a ver qué hacía el ángel, porque también buscaba mi perenne refugio, una tarde tibia para no ir con mis penas hacia la oscuridad, y dejar al instante, al resplandor girar sobre el placer en la intensidad de la agonía de las horas.

Después que tuve comprensión de la infinita paciencia del ángel, crucé unas palabras con el silencio, deshilaché mis huellas y empecé a colgar las letras de mi nombre al lado de las raíces que extrañamente desnudaban sus heridas. Entonces regresé al bosque a mirar el ángel; él había pintado su rostro. Era un joven de tez fresca, de mirada despierta, cuyas manos estaban ungidas con una lluvia de estrellas.

Barbie

Las dudas no han oscurecido su mirada.
No tiene venas indiscretas en las piernas
ni líneas en el rostro que señalen
la frecuencia de un gesto
o de una desesperanza.
Su perfección es implacable.
Te recuerda tu verdad de mujer que envejece
la curva cada vez más notoria del vientre
la aflicción de los pechos
el temor puntual cada mañana
de que aparezcan alrededor de los ojos
las primeras arrugas
la primera hebra blanca
en el pelo que llevas más corto
para suavizar el paso de los años.
Es como chocar contra un muro
que no habías visto
pero que estaba a mitad del camino
para esta caída
de la que te levantarás otra
menos hirviente
quizás menos apetecible
para estos ejercicios lacerantes
en los que pusiste la vida
amando hasta no ser
dejándote llevar por desiertos de muerte.
Lo que perece con el tiempo
no es sólo el músculo o la piel.
Lo que has ganado
no son sólo estas heridas
que destilan piedad.
Ahora estás a salvo y son las cinco.
Tu hija celebra el cumpleaños de su
muñeca.
Las niñas comienzan a llegar.